

breve y acataré los hechos producidos.....Ahora menos que antes: me colgaré de un madero, me beberé un jarro de agua de fósforos... todo menos suscribir con mi complicidad el deshonor de la familia. ¡Qué día, Nepomuceno! ¡Día completo! ¡Después del bofetón del señor Cadenas, este descubrimiento espantoso! ¡No puedo más...!»

En el comedor sonaban las patadas de Sebastiana, que alzaba los manteles. Pantaleona, hecha un caos su cabeza febril, no se movía. Porque, dijera lo que dijera á Monreal, en el fondo de su almita, entre otros sentimientos en revuelta, luchaban el amor de Jorge y su propia soberbia como dos feroces combatientes.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

Desde que la madre Eva comió la indigesta manzana del Paraíso, ha sido triste achaque humano padecer el castigo de la reflexión después de la caída, y que al recién apurado placer acompañe la náusea del remordimiento. No había de sustraerse á esta ley ineludible la señora de Pérez Orza, quien antes de los quince días, con la miel en los labios aún, estaba en guerra con su conciencia, siendo inútiles cuantas componendas y transacciones forjaba para acallarla, y evidentes ya las señales de la derrota bajo la forma ingrata de ojeras profundas, que acentuaban el marchitamiento de la faz. Sobre todo, lejos de la presencia de Fortunato y de su influencia sugestiva, en la quietud de la siesta, cuando sentada repasaba la ropa oyendo cacarear á las gallinas, entapujados bajo su falda la friolera *Diamela* y los dos morrongos, el interrogatorio del juez formidable la suspendía hondamente.

Lo primero que á ella la escogió fué la intransigencia de Pantaleona, cuya fiereza creyó domar; luego, la revuelta del barrio entero, aquel cordón sanitario que en torno de su casa se formara; la fuga de sus amigas, negativa de saludos y otros síntomas de la general censura, tan elocuentes, que no se necesitaba mucha sagacidad para apreciarlos en su verdadero significado. Sebastiana la tenía al corriente del chismorreco diario, que en un principio provocó su furia, y al cabo, sintiéndose ahogada en el vacío, tra-

CAPITULO ALFONSO

jo la batalla interna que la clavaba en el sillón y hacia sus pirar á la vista de Pantaleona, cuando, obligada por sus quehaceres domésticos, pasaba ésta silenciosa y severa, como una sombra acusadora.

Pero cuanto se diga del paroxismo de cólera que acometió á misia Jeromita la vez que Sebastiana la refirió la embajada de Dolores Cadenas, no dará idea que lo exprese mejor que haberla visto desencajada, echando injurias, pronta para deshacer la calumnia y castigar el agravio. No he encontrado en mis apuntes la comprobación de que fuera seguidamente á casa de misia Elvira á ajustar cuentas estrechas, y auaque el testimonio de criados sea, por lo común, sospechoso, á él habré de apelar, consignando, en prueba de imparcialidad, lo que declara Agueda la paraguaya, y es al tenor siguiente: que entre las dos y las tres, á tiempo que en la sala, rodeando al maniquí la viuda y Dolorcitas ensayaban una prenda, como pantera furiosa se presentó la vecina de enfrente, y con voces, que más bien parecían aullidos, exclamó:— ¡Aquí estoy yo, que vengo por mi honra y la de mi hermana!—Del susto, quedó tumbado el maniquí, y mudas la madre y la hija sobre las cuales llovieron porción de insultos y buen puñado de verdades. ¡Malas ¡lenguas! A ver si repetían en su cara las indignidades que en contra de ella y de Leona propalaban. Nadie tenía el derecho de hablar de la familia de Pérez Orza, y el que hablaba ¡mentía, mentía y mentía! Porque ningún Pérez Orza había sido, hasta ahora, acusado de quiebra fraudulenta como Don Jorge Cadenas; ningún Pérez Orza pescaba en los pantanos de la curia como Sangil... ¿Quiénes eran los Cadenas para rechazar una Pérez Orza? ¡Si le hicieron un favor inmerecido al poetilla del Jorgito! ¿Dónde estaba el mocoso que no salía? Que saliera, que le enseñaría á respetar á una señora, ¡ella era una señora! y donde ella pisaba, y donde pisaba Leona, no merecía ninguna Cadenas poner el hocico. ¡Guaranguas, atrevidas, deslenguadas!

Dice Agueda que temblaban los cristales con los gritos, y que á estos y otros denuestos semejantes opusieron las Cadenas vergonzoso silencio; si misia Jeromita pasara de dichos á hechos y las da la gran soba, ellas consienten de puro cobardes y espantadas que estaban por la recia é imprevista acometida, pero, según declaró, «repugnábala ensuciar en ellas sus manos», y las dejó bien vapuladas, sin que, por fortuna, tropezara á su vuelta con ninguna de las Marías, la Escopeta ó Emma la germana, pues tal venía de iracunda, que hiciera picadillo de lenguas en plena calle.

Respecto del fracasado intento de reconciliación con Pantaleona, hay indicios para creer que, sea después de la azotaina á sus examigas, ó porque el relato de Sebastiana la conmoviera en favor de aquella víctima de su flaqueza, llorosa, indignadísima y enternecida penetró en la jaula de la prisionera, y, antes que se pusiera en guardia, la dió mil besos, llamándola su Leona, su Leoncita, como en los buenos tiempos de su fraternal cariño.

—Lo sé todo, hija, pobre Leoncita de mi alma! Ese imbécil, ese pelagatos se ha atrevido... No le hagas caso, mejor; no hay mal que por bien no venga; no te merecía. Sólo siento que no hayas sido tú quien le diera el pasaporte... Deja, que él y toda la familia de Cadenas corre de mi cuenta. Tocan á cortar lenguas, hija mia, y las cortaré de raíz... Entretanto, perdona mis arranques pasados: ya sabes que te quiero, mala, rencoroso; venga usted y abraza á su hermana vieja, señor erizo!

—Jerónima, —contestó secamente Pantaleona— pobre olvidar y perdonar y muchas cosas, que soy tu hermana, y entre hermanos la guerra es odiosa, pero mientras *ese hombre* esté bajo nuestro techo, no esperes avenencia conmigo.

—Eres terca: tienes la cabeza de piedra.

—¡Y tú el corazón!

—¡Leona, que me faltas!

—Pues me callo.

—¿Es tu última palabra?

—La última.....

Diéronse recíprocamente las espaldas, y quedó peor que estaba la situación. ¡Ese hombre! Sabía la tonta quién era *ese hombre*? ¡Oh! interés menguado y dura exigencia de ley! Con una palabra sola misia Jeromita reducía y amansaba á Pantaleona y se apagaba la alharaca del barrio, como se calman las encrespadas olas arrojando aceite sobre ellas. Pero la discreción la cosía los labios, y obligábala tíranicamente á desafiar bablillas y exponer la felicidad de su hermana menor, por conservar la pensoncita oficial de que vivían, y que en tan grande peligro había puesto la tardía pasión del hermoso toscano. ¿Qué mucho que las ojeras aparecieran más evidentes cada día, y el afán de refrescar los ajados encantos fuera ocioso, si la preocupación colaboraba con la edad en la obra destructora?

Los mismos sobresaltos que antes de echarse de cabeza en el Rubicón de su amor disparatado la torturaban ahora, pero más vivos y dolorosos; y si pudiéramos conocer lo que, oculto en secreto recoveco de su conciencia, guardaba con avaricioso cuidado, no extrañaríamos aquel abandono repentino de la media sobre la falda, el clavar de la aguja en el acerico pendiente del pecho anheloso y la dilatación de los espantados ojos, testigos de algún feo pensamiento que hubiera surgido de pronto como re pugnante animalejo.

A tantos motivos de intranquilidad y desagrado que amargaban el dulzor de la deliciosa manzana, vino á sumarse uno de gravedad suma y capaz él sólo de perturbar la serena paz á que la infeliz señora debía renunciar, y éste la venció en el sillón, después de volver y revolver la cartera, y en los escondrijos del armario, de su lavabo, del joyero de concha y de todos los muebles en que solía depositar dinero, buscar hasta perder la cabeza. Indudablemente, de la pensión del mes no la sobraban más que 12 pesos con 20 centavos, ¡y estaban á 18 de Abril! Apenas para el gasto diario, mientras esperaba la nueva paga, demorada

siempre... ¡Claro! ¡El menaje de la pieza grande, el equipo de Fortunato, los derechos parroquiales, los accesorios de la ceremonia, el impuesto del silencio á favor de los testigos Pietro Calli y Giacomo Verola, dos tunantes insaciables todo había salido de la misma bolsa, la suya, que ella escurrió y agotó imprevisora! La miraba en sus manos vacía y decíase asombrada:—Pero, señor, ¿cómo ha podido ser esto?... Las economías que permitió acumular la tranquila existencia que Pantaleona y ella llevaban, se habían evaporado, y en el aturdimiento febril en que hallábase ahora no lo notaron sus dedos voraces hasta dar con el fondo. Quedose fría, pensando, con lucidez extraña en quien el amor senil trastornaba, que exhausta la bolsa, faltábale el único cebo capaz de retener al lindo Fortunato, el cual, ¡oh amarga certidumbre! si no veía la ruina de sus atractivos, canas, arrugas, dientes postizos y carnes fofas, era porque ella le tapaba los ojos con dos monedas doradas; que el día que no pudiera tapárselos, descubriría la realidad y vendrían desvíos, surgirían regaños, y la pérdida de Fortunato en la primera disidencia conyugal. ¡Válgame Dios! ¿Por qué el corazón ha de mantenerse joven, mientras el cuerpo envejece y, privado de auxiliares y valedores, se empeña en ser el paladín de la imaginación?

Misia Jeromita estaba segura de que para conservar á Fortunato hacíase indispensable conservar también la maravillosa armadura, que reemplaza [en muchos casos con ventaja] las de la juventud y la belleza. ¿Cómo? Por el método vulgar de sumas y restas, reduciendo prudencialmente los gastos, moderando los apetitos de modo que el debe y el haber estuviesen en equilibrio, ya que pretender saldo favorable fuera exagerada ambición. Se lo diría á Fortunato, ¡vaya si se lo diría! en forma tal que no se ofendiese, ni pudiera vislumbrar la penuria de la bolsa en aquel desdichado mes de Abril; sobre todo, porque se suprimiera definitivamente el brutal saqueo de las manazas de Pietro y

Giácomo, que si paraban de meterlas en ella era para preparar nueva embestida.

Y se lo dijo, con cincunloquios, sonrisas y cucamonas, tirándole pellizquitos y papirotazos; de cuyo sabroso coloso es resumen el parrafillo que sigue:

—Mira, rico, ¿sabes? Nuestra pensión merece que la tratemos con más respeto; la pobre hace cuanto puede por complacernos y nos da todo lo que la exigimos, siempre que no la saquemos de quicio y la dejemos vivir el mes que la corresponde. Si la maltratamos, se nos queda en la última boqueada antes del 30, y adiós caprichos, golosinas y *tutti quanti*.... ¿Qué tal, mi gringo? ¿Verdad que adelantó?.... Bueno, florentinito mío, decíamos.... eso, que cuidemos de su buena salud, para que acabe sus días en la fecha legal, y sin trastornos ni escaseces esperemos su resurrección, el dinero de refrescó. ¿A qué declararte, si lo sabes de pe á pa, que el derecho de llamarte mío me ha costado todas mis economías? Todas, hijito, ni migaja queda. La triste pensión tiene, pues, qué llevarnos á cuestras... Y cuidado, que esto no va contigo: va con los desalmados de tus compañeros de la ferretería, que abusan, sí, señor, abusan; se les ha dado suficiente... ¿qué digo para guardar un secreto?, para cien secretos, y todos los días se descuelgan con nuevas pretensiones: hoy, que la mujer de Giácomo está á punto de parir; ayer, que el hermano de Pietro se rompió un brazo, y lástimas á diario, miserias y exigencias insolentes. También al Filipino Nero se le compró el reloj con medallón.... Hijo, para tantas misas se necesitaría un tesoro, y aun así, dudo que bastaría para el furioso pordiosear de tus paisanos. Bien sé yo que algún sacrificio se impone, dada nuestra vidriosa situación: que abran ellos la boca y publiquen lo que está y debe estar oculto, y nos parten, nos revientan, nos dejan en la calle. Pero que miren un poco, ¡per Dio!, como tú dices, y muestren que tienen conciencia.... ¿Me das la razón, gringuito de mi vida? ¿Verdad que me la das?

El contestó que se la daba muy á gusto; pero, en realidad, el discurso le pareció deplorable, dibujándose en su boca fina y encendida el menosprecio, y en su mirada dura la amenaza. Que los tempranos alardes de tacañería le sentaron mal, lo comprendió misia Jeromita de seguida, y decidió hacer lo que los patrones de buque que corren una borrasca: echan todo el lastre al mar, es decir; vender las últimas alhajas de familia para que su producto rellenase el hueco que la torpe administración había dejado en el presupuesto del mes, y al próximo pedido de la voz amada contestar con el *si* cuya dulzura alegraba los ojos del arcángel, en vez del ingrato *no*, semilla de futuras desazones y causa inicial del recelado vencimiento.

Entretanto, Fortunato abandonó la ferretería de Barbarossa. Motivos que alegar no le faltaron, siendo todos originarios de la mala crianza y el despotismo del gigante, que pretendía manejarle como á un muñeco y le maltrataba de palabra á todas horas. El no estaba acostumbrado á que le sobejasen: su padre, maestro de escuela y todo, era persona cultísima y de mucha ciencia; su madre, hija del *sindaco*, pertenecía al cogollito de su pueblo; la hermana mayor estaba casada con un capitán de *bersaglieri*, y la más pequeña *fidanzata* al hijo de un *marchese*, arruinado, pero marqués de ley. En su casa no se conoció jamás el mal-estar pecuniario, y si él emigró fué por humor de aventuras... Pues el bruto de Barbarossa, olvidando que se las había con persona decente, vomitaba sobre su cabeza la bilis de su genio cada día; se complacía en humillarle, acaso envidioso de la posición conquistada, gracias á su enlace con la señora de Pérez Orza, y llevaba su osadía hasta á gastarle bromitas de muy mal gusto relativas á la edad centenaria (¡así, allí se expresaba el indecente!) de su consorte. Si continuaba en la ferretería, exponíase á perder entre las manos de aquel bárbaro, porque, acabada la paciencia en un raptó de cólera, le arrojaba una pesa ú otro proyectil que hubiese á su alcance, y le [despachurraba

CAPITULO ALFONSINA

el gigante en seguida de un zarpazo, león que castiga la insolencia del gusano

Con ambos Neros había muy buenas migas, lo mismo que con Giacomino y Pietre, pero con Barbarossa... Lo más cuerdo y previsor era dejar la plaza, y la dejó, sin que misia Jeromita se opusiera, aunque ella lamentase de veras una resolución que amenguaba el fondo conyugal, pues poco que le pagara Barbarossa á Fortunato, ese poco servía, por lo menos para afileres, y nunca está de más un pan con un pedazo. De esto nada dijo, pero adujo razones muy sutiles acerca del probable contagio de la malquerencia de Barbabosa en el ánimo de sus compañeros: ¿y si éstos, por congraciarse al patrón, se volvían también enemigos y le hostilizaban con las armas terribles de que disponían? ¿Y si cantaban de plano? ¡Ah! ¡Fortunato imprudente y temerario!

—Ma no— afirmaba él, garantizando calurosamente la lealtad y la discreción de sus compinches de la ferreteria.

Y en la capuana ociosidad á que aspiraba se sumergió con delicia. Levantábase muy tarde, entreteníase en el jardín ó en el corral con los bichos domésticos, y, sentado en un sillón de paja al pie de la higuera, leía á Stechetti y á otros poetas modernos italianos, cuyos versos declamaba muy propiamente; ó con un hilo de voz abaritonada, de bonito timbre, cantaba las partituras más famosas, mostrando conocimientos de la música bastante extensos. Pintaba también acuarelititas y óleos inocentes, habilidades todas estas que asombraban y cautivaban á misia Jeromita, porque lo que apenas era fugaz llamarada de artista incipiente y falto de energía creadora, parecíale á ella prueba de talento superior y nuncio de sabe Dios qué brillantes destinos. No se movía Fortunato de la casa, entregado á tan variadas y gratas distracciones, y ella de su lado, admirándole, aplaudiéndole, cuidando de que no cogiera frío, de que le sirviera el café á punto Sebastiana y cuanto lisonjeara su capricho, esclava suya, idiotizada con la posesión del hermoso

arcángel florentino: dejándose él querer, mimoso, displicente, antojadizo, iracundo á veces, y manso, dulcísimo para pedir, para sonsacar aquello que la señora deseaba poder defender mejor y apenas defendía: los restos de la manoseada cartera de tafilete.

Guardado como le tenía, y tan sujeto, no padecía de celos misia Jeromita; pero, el mismo toscano, aburrido de la sujeción ó de la monotonía, insinuó que valía la pena de pensar en qué emplear algunas horas, de provecho y escaso trabajo; en un comercio, no, porque él no quería depender de patronos autoritarios, y sus instintos artísticos le inspiraban aborrecimiento al mercantilismo de baja estofa; pero dado que en la metrópoli bonaerense «comerciante serás ó no serás nada,» sería de estos que van á la bolsa, las manos en los bolsillos y con aire de rentistas desocupados, á mirar las pizarras y arriesgar un centavito al negro y al rojo, á la baja ó á la alza. Se alarmó la señora, y pretendió disuadirle; enfadose él, suplicó ella, trazándose la cuestión de modo que él saliera con la suya, y ella pagara, ó prometiera pagar, la bursátil aventura.

Digo que hasta entonces no había sentido celos misia Jeromita; y de pronto, unidos á los otros sobresaltos, que la tenían en un tris, despertáronsele vivísimos al verle salir cada tarde tan guapo y cepillado, y no regresar sino muy oscuro ya, á la hora de la comida. Le esperaba en la ventana, detrás de la celosía, y el correr de los tranvías sin detenerse ante la puerta, aumentaba su desazón; con ahogadas imprecaciones saludaba á cada uno, y retorcia sus manos murmurando:—¡Ay, Dios mío!.....—Y en el cuarto de hora que entre uno y otro mediaba, contemplaba repetidas veces al espejo los deplorables estragos de sus cincuenta años, y diera, como Fausto, su alma al diablo, por recuperar las gracias perdidas. ¡Ay! Porque otras se le quitarían cualquier día; otras, jóvenes y hermosas, que poseían lo que ella no poseían ya, lo que enamora y cautiva, lo que rinde y subyuga; sí, otras, otras.....

Poco á poco el pretexto de la Bolsa se convirtió en pesadilla suya, y cayó vulgarmente en las garras de la enfermedad fatal: y veló, espío, registró bolsillos, adivinó señales, ó creyendo adivinarlo todo, forjó lo que acaso no existía, acabó de destruir el propio reposo y se hizo enemiga de sí misma. A Fortunato, sin embargo, cuidose bien de molestar con quejas, porque el resto de razón que la quedaba dejábala comprender que, celos de amor sólo en bocas de estas poéticamente denominadas «de grana y perlas» tolera el desvio, ¿qué habian de sentar en la suya, que debía la grana al tocador, y las perlas al dentista? ¿Ni qué ilusión de conmovier, atraer y esclavizar abrigaría por otros medios que los metálicos, ¡ay! también escasos é inseguros? Misia Jeromita reservaba su fiereza de *Otela*, que decia ella, para cuando tuviera la prueba patente del adulterio; ¡pobre arcángel florentino entonces!

De lo que daba Fortunato mayores y frecuentes pruebas, era de una mala suerte extraordinaria: no jugó una vez que no perdiera, y jugó y perdió tantas, que parco y discreto, sin embargo, en sus operaciones, el producto de las alhajas se lo tragó la Bolsa, lo mismo que si se lo llevara la trampa. Y parezca ó no un contrasentido, hay que declarar que la señora se alegraba de verle llegar perdido, porque estaba segura de que en varios días no saldría del Caballito, dedicado á sus pinceles ó á sus libros, y sería su prisionero, el dócil catecúmeno á quien sermoneaba y tiraba cariñosamente de las orejas.

—Si te estuvieras aquí tranquilo, donde nada te falta, te evitarías esas pérdidas de Bolsa, verdaderamente lamentables. No quieres hacer caso.....

—Sí, viejecita mía, te hago caso—contestaba Fortunato, besándole la mano—verás cómo te hago caso.

—¡Ay, y qué dulce me parece tu promesa en esa hermosa lengua tuya! ¡Si fueras capaz de cumplirla! Eso dices ahora; y hasta otra. El día que yo te cierre la cartera, florentinito perverso, me pondrás esos ojos malos que sueles,

y duros, que no parecen los tuyos, y esta viejecita que hoy adulas será una tarasca digna de que la ahogues con tus dedos aristocráticos. ¡Anda, zalamero, que de ti no me fio!..

Y no se fiaba, en efecto, misia Jeromita: mucho menos desde que cazó un indicio singular, suficiente para exacerbar sus celos, un hilo tenue de araña del que no podía tirarse sin peligro de que se rompiera, y necesitábase grande astucia y paciencia para desenredarlo y hallar el ovillo. El tal indicio, si lo era en realidad, figurábase un pedazo de cartón en el cual había esbozado el toscanito un perfil femenino, de naricilla picaresca y rizos volanderos, ojos negrísimos y adormilados, con una cadena que servía de orla al busto y una flecha que atravesaba una letra gótica, tan adornada, que no acertaba á descifrarla un calígrafo; este cartón lo encontró misia Jeromita un día de requisa en el bolsillo del conocido batín perla, y se dió de calabazadas por recordar á quién se parecía el retrato, porque retrato quería ser y no uno de tantos modelos que habia visto copiar á Fortunato: con alguien tenia vago parecido, muy vago y difícil de precisar, ¿con quién? La señora puso delante del morro á Sebastiana la misteriosa pintura, y la preguntó:

—Di, pronto, ¿á quién te recuerda esta cara? Así, á primera vista.

—Permítame usted. á ver.... ¡claro! Si es la niña Leona, ¡y qué propia!

—¡Qué ha de ser Leona! ¿Tiene Leona esta nariz desvergonzada? ¿Y este color de pelo? ¡Sal, torpe!

Y guardó el cartoncito, preocupada. Cuando vino Fortunato, se lo enseñó de improviso, y Fortunato cambió de color, ¡vaya! sí, señor, cambió de color, palidieron las rosadas chapas de sus pómulos, y se apresuró á recoger el dibujo indiscreto.

—¡Oh, niente!—dijo turbado.—Una cabeza de mujer, un capricho.

Misia Jeromita no olvidó la palidez y la turbación del

joven, la prisa en arrebatarla el retrato.... Y la mujer representada, la *otra*, la rival temida y vencedora, adquirió formas tangibles en su imaginación, la veía tal cual debía de ser, pero no la reconocía, no acababa de reconocerla; convenía, sí, en que era joven y bella, y esto bastaba para que sus celos indecisos tuvieran asidero y el alimento que hasta entonces sólo les prestó la suspicacia. A la vez que la media, zurciendo iba la dama estas cavilaciones:

—Yo conozco esa mujer, ¿quién es? No doy en el clavo. De repente, me viene como una llamarada que ilumina mis recuerdos, y cuando estoy para gritar: ¡Ah, ya sé! me quedo á oscuras.... De todos modos, ¿qué me importa el nombre? Existe la *otra*, la rival, y no necesito saber más. Tenía que suceder: si soy una vieja, puedo pasar por madre suya, ¿acaso no lo comprendo? ¿Me he de engañar á mi misma? Y si lo preteadiera ¿qué diría el espejo, el amigo francamente odioso, que me repite: mira que las patas de gello aumentan, y tus carrillos se aflojan, y tus pestañas se pelan y te apunta un orzuelo?... Pero, también soy su mujer, por la Iglesia, y los derechos que me da este título valen más que todos los que formula la insu'sa juventud.... ¡Ah, Jerónima! ¿Para qué cediste? ¿Para qué te casaste? ¡Has caído á sabiendas, que es la peor manera de caer!

Esto, después de romper con D. Nepomuceno y de faltar á su palabra empeñada, y de alborotar el barrio y de prolongar la rebelión de Leona, que no sabía en qué iba á terminar, y hasta miedo de pensarlo la entraba, y de haber labrado acaso su infelicidad en beneficio de su capricho.... ¿Qué sortilegio emplearía el pillo para engatuzarla? ¡Pillo! mal hombre, florentino infernal! ¿A qué dejará Dios estos individuos sueltos por el mundo, tan peligrosos y pérfidos.... ¡Ella también!.... ¿Qué la autorizaba á imaginar todo esto? Una pintura caprichosa. ¡Ah! Pero es que la tal pintura se la encontró luego en la cartera, y anteayer en su libro de versos favorito.... Debía preparar sus uñas, aguzar su olfato..... rastrear y descubrir, y cuando hubiera

descubierto, ¡zás! con la agilidad de *Patitas blancas*, le saltaba el pescuezo y se las clavaba en su linda piel aterciopelada... ¡Infame! ¡Al mes cabal!

Admitida la existencia de *la otra*, sin mayores fundamentos y á pesar de que Fortunato con socaliñas ensayaba vencer su reserva y su tiesura, mostrárase misia Jeromita necia de verdad si no intentara, por lo menos, averiguar quién era; y para ello, lo mejor que le pareció fué seguirle los pasos muy discretamente.... Detrás de él se marchaba en el tranvía inmediato, y ora oculta en un coche ó en el hueco de un portal, ya arrastrando su maciza envoltura por las calles y plazas de la ciudad, le vigilaba con tal rigor y habilidad de polizonte, que no se le escapara como no fuese volando. Y ¡rara coincidencia! nunca le sorprendió en sitio sospechoso: las más veces entró en la Bolsa, una sola pasó dos horas en casa de Felipito Nero, donde aquel jueves de inolvidable memoria se celebró el matrimonio de tapadillo; otra fué á parar á la heterogénea barriada de la Boca, y en un bodegón de aquellos, entre marineros y gentuza, echó unas copas á la salud de antiguos camaradas ó conocidos. Desteñida, la peluca de través, sudando y derrugada, volvía al Caballito la señora, y en la desesperación de no encontrar el ovillo, sobre la inocente cabeza de *Diamela* descargaba su malísimo humor.

No se rendía, sin embargo. Las horas de plantón, aquel husmear de sabueso alarmado, distraían su doloroso cavilar; no quedaba ella tranquila si en pos de Fortunato, como la sogá tras el caldero, no salía siempre que Fortunato saliera. Le seguía á distancia, le cercaba, se alejaba evitando sorpresas y volvía sigilosamente, de tal modo que él nunca pudo notar la persecución, y si le viene en mientes ejecutar cosa alguna contraria á la fe jurada, cae en la trampa con lastimoso descuido.

Una tarde, misia Jeromita se tropezó con el mismo Don Juan Nepomuceno, y vacilaron los dos si reconocerse ó fingir que no se conocían, decidiéndose la de Pérez Orza á tor-

cer la cara, en prueba de que la querrela pendiente era honda y de arreglo difficilísimo. . . . ¡Qué flaco le pareció Montreal, y qué trazas las suyas de hombre derrotado, á quien una idea fija entontece y amilana! Llevaba el gabán con lamparones, el cuello sucio, montada sobre éste la corbata y el sombrero con reflejos aceitosos; los guantes negros eran color de violeta en las palmas y en la punta rapada de los dedos. ¡Pobre hijo del Estado! ¡Y cómo se notaba la falta de la propia iniciativa, allí donde no podía alcanzar la protección del padre amoroso, y en qué altas voces proclamaba su dejadez la ausencia de la prima Pantaleona! El encontronazo disgustó grandemente á misia Jeromita, dando por terminada la pesquisa diaria y ganando el primer tranvía de Flores que apareció. . . .

Seguramente [pensaba ella] Montreal la consideraba muy feliz en medio de su triunfo, vencida ó sofocada la rebelión casera, satislecho el capricho y halagada la soberbia, que rechazó todo consejo. No, no, el primo se engañaba de medio á medio: ¡feliz, viviendo intranquila como vivía, sufriendo los alfilerazos de la conciencia y los tormentos de la duda! No ¿qué había de ser ella feliz? Asomárase el primo al fondo de su alma y se desengañaría. . . . Por ejemplo: que aquella torcedura del gesto con que acababa de saludarle, no era manifestación de encono; lo parecía, pero no lo era. La soberbia, que pronta está siempre á desbordarse, la tiró de los músculos para que le diera de lado; mas su primer impulso, profundo, realmente sincero, fué abrazarse á él y suplicarle que la amparase en aquella cuita; que olvidando pasadas ofensas, tornase á ser el consejero suyo de otro tiempo, y se aplicara á reparar los estragos hechos y los que se avecindaban, gracias á su desatinado enlace con el bello florentino.

Asimismo, conforme observó ella el lamentable empaque de Don Nepomuceno, pudo él dejar de notar la tristeza, la ansiedad, el desaliento y el temor, retratados en la

faz ajada de la prima? Y después de notarlo, ¿creía de veras en su felicidad?

Volvió más tarde que de costumbre Fortunato aquel día, y halló á misia Jeromita ensimismada, detrás de la ventana de la sala, esperándole; clareaba aún, y sin embargo, ya había encendido Sebastiana un pico de los tres del candelabro de gas colocado sobre el sofá, cuyo ancho testero salpicaba de irisados reflejos con sus caireles de cristal. Galantemente, besó el mancebo la mano de la dama, y ella la retiró con presteza, como si le hubiera mordido.

—¡Me asustaste, Fortunato! Estaba distraída. . . —dijo misia Jeromita en son de disculpa.—¡Tienes los labios más frios! ¡Qué horas de venir, señor maridito!

El se sorprendió de la acusación, ingenuamente. Consultando el rico reloj de oro, declaró que era más ó menos, la hora de siempre: las tardes de Abril son muy cortas, y las de Mayo! Pronto se convenciera que, si llegaba de noche, había que echar la culpa á la estación. Sentose en el taburete del piano, é hizo correr los dedos sobre el teclado, se levantó tarareando, y poco á poco fué acercándose á la señora, á cuyo lado, sobre el descanso de la ventana, en el extremo de su almohadón, tomó asiento, previo el solicitado *permesso*: allí cogió la arrugada mano de misia Jeromita y se la besó de nuevo.

—¡Baboso!—exclamó ella entre seria y risueña.—¡Falso! ¡Quién no te conociera! ¡Ya sé á lo que vienes: ¡no hay dinero, hijo, no hay dinero!

—¡Oh!—dijo el mozo con ademán cómico.

—¡Quita de acá, zalamero! ¿Acaso, porque no entienda bien tu lengua, ignoro tus mañas y tu manera de pedir? Digo que no hay ni un sucio centavo, hasta el 3 ó 4 de Mayo que iré á cobrar al Ministerio. Sal. ¡Qué frialdad de labios! Tus besos parecen los de la muerte, aunque derraman luego un calorcito en las venas. . . . ¡Déjame! ¡Si te digo que no hay, hombre! ¡Qué pesadez!

Fortunato protestó de que le llamara pedigüño. Dos

veces señaló al corazón como testigo y garantía de su sinceridad; porque, no, señora, no iba á pedirle nada, sino á hablarle de un asunto de mucha monta. Lo juraba *per la sua mamma*. Tan guapo estaba, ensartando sus razones de descargo, que misia Jeromita cerró los ojos, temblorosa.

Y con desganada curiosidad preguntaba qué magno asunto era aquel provocador de tan cariñosas expresiones... Pues... un negocio de segura *guadaynanza*, colosal, de esos de que América guarda el privilegio: Nero, el joven, decía que el acierto del golpe valdría una millonada á cada uno; porque Nero y su padre, con dos especuladores muy fuertes de la Bolsa, lo habían preparado y se mostraban tan convencidos del exitazo, que, oyéndoles, parecía no tendrían más trabajo que el del cobro á tocateja. El cual negocio se reducía á esto, simplemente: acaparar todos los trigos del mercado y venderlos al alto precio que el monopolio exigiera: chillarían los tahoneros, encarecería el pan, y los del sindicato, entre tanto, se enriquecían: hermosa muestra del poder comercial; maravillas de la especulación, que encumbra y despeña nombres, de las necesidades crea las fortunas y hace brotar de la ruina la abundancia; los Neros y Luccas oscuros de hoy se transformarían mañana en capitalistas de fuerza, respetados y temidos, y de qué manera facilísima, por virtud de qué medios más inocentes! Trázado el plan, hechos los cálculos rigurosos, descartadas probables contingencias, el millonejo le sentían ya en sus faltriqueras. ...

—Bueno—dijo recelosa misia Jeromita;—¿á mí qué me cuentas? ¡Ojalá no te ganes, y dos que fueran! Pero, ¿qué pito tocas en ese embrollo de los Neros, que á mí se me pone son gente de poca conciencia, y como de trigo se trata, el menor trigo limpio del mercado?

—¿Lo?—respondió Fortunato,—soy socio... es decir, quiero serlo.

—Quieres, pero no puedes.

Dobló el mozo la rubia cabeza, suspirando. El no po-

dia, ciertamente; pero ella, su viejecita adorada, su segunda *mamma*..... E la sí, y conforme hasta entonces nada le negara, tampoco rehusaría esta vez que se trataba de su engrandecimiento futuro. ¡A tan poca costa y en tan breve tiempo! A ver, ¿quién era su maridito cariñoso? ¿Quién el dueño de su corazón? ¿Quién por su amor soportaba odios y desdenes en la casa? ¿No se merecía él un pequeño sacrificio? ¡Sacrificio que había de producir la riqueza, la riqueza compartida entre los dos, gozada beatamente por los dos, mañana y siempre, siempre juntitos! ¿Y por qué llamarle sacrificio, palabra que asusta al más tímido, si el préstamo importaba unos míseros diez mil pesos, que en el rincón del armario, bien envueltos y zahumados, guardaría la querida viejecita de su ánima?

—¡Jesús me valga!—clamó la señora.—¿Has perdido el juicio? ¿Yo diez mil pesos? ¿De dónde? ¡En el armario! Toma la llave, y regístralo: registra la casa entera; te regalo el dinero que encuentres. ¡Si pensará que soy alguna *Cresal*! Bien claro te hab'é días pasados: que ó poníamos coto á los gastos ó nos quedaríamos por puertas; la pensión no es de goma elástica que pueda estirarse tanto. Tenemos lo suficiente para vivir con decoro, y nada más. No sueñes con esos tesoros escondidos, ni te empeñes en matar la gallina de los huevos de oro: ¡Diez mil pesos! ¡Este muchacho está loco!

—Si no en el armario, en el Banco..... refunfuñó el toscanito.

—Eso, en el banco de una plaza he de verme pidiendo limosna, si no ato yo corto á mi niño.

—Quiere decir.....

—Que no cuentes con los diez mil pesos, ¡valiente locura! Renuncia á tu negocio magno, que así no te remorderá la conciencia de haber perjudicado á los pobrecitos panaderos. ¡Ave Maria purísima!

Sin disimular el torvo gesto de contrariedad, Fortunato abandonó el almohadón y dió cuatro paseos por la estancia,

manoseando las rosadas guías del bigotito; aquel mismo gesto que endurecía las líneas graciosas de su rostro, debió de ser el del ángel malo al sentir los primeros ímpetus de rebeldía. ¿Decía verdad la vieja? ¿Mentía? ¿Tan poco era su influjo, que había de verse derrotado? ¿Apelaría á la violencia? Quizá un sólo grito bastara para desarmarla y matar en embrión sus pujos de cochina avaricia. ¿Sería tan estúpida que creía que la consagraba él su juventud espléndida por el halago de su apetosa chochez? No comprendía (seguramente no, cuando estrechaba los cordones de la bolsa) no comprendía que una sólo caricia suya valía los diez mil pesos que rehusaba darle? ¡Oh, vejez! si quieres amor, págalo, págalo bien, te digo, para que los Fortunatos mercenarios, los barbilindos de alquiler, engañen sus sentidos, de suerte que la ilusión, alma del deseo, se mantenga escondida; págalo sin regatear, que si él acepta, tuyo será mientras á tí te sobre con qué entretener su interesado celo. . . .

Acaso esto mismo se le ocurría á misia Jeromita, mirando de soslayo á Fortunato, y adivinando los malos y rebeldes pensamientos que desfiguraban su bonita estampa y daban martirio á sus bigotes blondos, y no será ocioso consignar, á fin de precisar la fuerza y desatino de la pasión que á la señora de Pérez Orza avasallaba, que si á mano tuviera la suma, causa de la primera nube y triste presagio de tormenta, sin defenderla se la entrega, y muy dichosa por haber desarraigado la frente del toscanito. Hizo balance mental de su haber presente y de los medios posibles de procuración de tan exorbitante cantidad metálica, y hubo de confesarse que lo mismo podía ella encontrarla que alcanzar la luna. Entonces veló la cara con el pañuelo, por no dejar á Fortunato, libre en aquel momento de la dorada venda, que examinase las injurias de la edad, y comparándola con la rival supuesta, terminara el desprecio lo que su negativa había comenzado.

El joven atribuyó á lagrimitas oportunas y mensajeras de arreglo aquel movimiento de la dama, y volvió cariño-

samente á su lado, pronta á recoger el sí con que, sin duda, le aguardaba. La obligó á que se descubriera, y teniéndola cogida de las manos susurraba:

—Estaba *sicuro*: eres *tropo* buena para negarte; á Fortunato, á este florentinito, su *mamma* no le niega nada; *se vero, carina?*

—¡Ay!--suspiró ella—¿qué había de negarte si lo tuviera? ¡Me llamas *carina!* Eso á tí, que bien caro me cuestas. Cuanto poseía te lo he dado. No me queda una hilacha, te lo juro. Toma las llaves y registra, para que te convenzas. Nada, nada! ¿Qué digo yo diez mil? Veinte, cincuenta te regalaría porque me disgusta esa miradita perversa con que me amenazas, y si con dinero la cambiaba en la dulce y sumisa de siempre, bendito sea el dinero y su poder. Nada, hijo, nada. Las alhajas se fundieron en provecho tuyo. De economías. ni polvo. Jamás tuve depósitos en el Banco; unas pocas cédulas del tiempo de mi padre las arrastró la crisis última. . . . Esta es la pura verdad. No te engaño. Bastantes pruebas de mi cariño has recibido, para que me creas y no insistas. . . .

Sin soltarla, pegándose á ella como la culebra embriagándola con el aroma de su cuerpo de efebo, Fortunato acercó su boca al oído de misia Jeromita. La creía, sí, la creía. . . . Pero había un medio para armonizarlo todo, un medio que, así, de sopetón, se le figuraría absurdo é irrealizable, aunque luego de pesado y medido, vistos los brillantes resultados del negocio magno, hallaríale fácil, más fácil conveniente, eficazísimo. Gastaba *uno* para ganar mil, *cento mille*. ¿Como? Hipotecando. . . . hipotecando la casa. ¡Sí, señora, la casa! ¿Se asustaba? Ya sabía que iba á asustarse. . . .

—Y á decirte que no, hoy y mañana y siempre que no—exclamó rechazándole la señora.—¡Hipotecar mi casa yo! Jamás, jamás! ¡Ni por todos los Fortunatos del mundo! Arréglate en tus negocios como puedas y á mí me dejas lo mío. Has vendido con las *manos* limpias y quieres quitar-me hasta mi pobre techo paterno. Acuérdate que soy cri-

lla, Fortunato. Si no he sabido defenderme yo de tu melosa perfidia, sabré defender mi casa, esta que heredé de mi padre, y que á Leona tiene que ir á parar algún día. ¡Hipotecarla! ¡Eso faltaba.....

Desconcertado, renegando de su tropeza, Fortunato se mordía los puños. Intentó hacerse oír, pero misia Jeromita, desfigurada por la cólera, le rechazó una segunda vez, loca, dispuesta á todo, y él se achicó, sumiso y cobarde, junto al piano, impetrando el perdón, convencido que por la fuerza no lograría lo que tanto el interesaba alcanzar.

Uno y otro se callaron. Sobre el almohadón, misia Jeromita, dada sendos suspiros, ayes amarguísimos; con el pañuelo enjugaba los ojos áridos, lágrimas que se sentían venir y el oprimido corazón retenía. Oyéronse en la calle, sobre la acera que alumbraban la luz vespertina y la luna en creciente, pasos juveniles, risas de muchachas alegres, y bajo las ventanas pasaron de bracero Dolorcitas y María del Carmen y Lili, las cuatro con toquillas blancas en la cabeza, y así parecían colegialas en tropel, que vuelven de algún honesto esparcimiento, escoltadas por la superiora que, en este caso, era oronda misia Elvira. Dió frente la regocijada comitiva á la ventana en que se hallaba la de Pérez Orza, y todas, con siseos y codazos, la designaron á su curiosidad imprudente; Dolorcitas se alzó sobre la punta de los pies y cara á cara desafió burlona á su enemiga.

Como mira el león al perrillo que le ladra, misia Jeromita observó á la de Cadenas; y de pronto, el recuerdo del cartón misterioso, aquella cabeza picaresca de los rizos volanderos, la trastornó, al punto de que, estremeciéndose, dió un grito: la del retrato, la que ella juraba conocer, la incógnita, la rival era... ¡Dolorcitas? Corrió á Fortunato y quiso hablarle, sofocada... Las otras se alejaban: se oían sus pasos y el eco de sus risas, más débil más débil...

—¡Fortunato! Confíesame que es Dolores la del retrato,

ese que he visto en tu bolsillo. ¡Confiesa! No me engañes... ¡Es ella, la descarada, la infame!

El mozo se desprendió con enfado y se dirigió á la puerta. Misia Jeromita se le puso delante.

—¡Señora—dijo gravemente Fortunato,—olvida usted que *yo* *so* el marido! ¿sapete?

—No, no *sapote*, ó no *sapo*... Digo que no sé otra cosa sino que eres un infame.

Y franquéandole la salida generosamente, añadió en criollo.

—¡A mí, á mí no me *fumás* vos!

